

la cimera de los morriones. Y desde las cuatro de la tarde, en aquel cálido y silencioso domingo de Julio, garrapateaba, empujando la pluma como un lento arado sobre terreno pedregoso, borrando la frase que le parecía inelegante y zafia, ora pateando el suelo, ora inmóvil, abandonado á la esterilidad que le atormentaba, con los ojos fijos en la Torre, en su difícilísima Torre, negra entre los limoneros, regocijada por el continuo revoloteo y por el continuo piar de las golondrinas.

Al fin, descorazonado, abandonó la pluma, y metiendo en un cajón el precioso volumen del *Bardo*, exclamó:

— Estoy perfectamente estúpido. Es este calor. Y después, aquel animal de Casco toda la mañana. . .

Todavía releyó, moviendo sombríamente la cabeza, una línea, la última, enrevesada y suya. . .

«. . . En la sala, altanera y larga, donde los largos y pálidos rayos de la luna. . . » Larga, largos. . ., y los pálidos rayos, los eternos *pálidos rayos*. ¡También este maldito castillo es tan complicado! . . . ¡Y este don Tructesindo tan antiguo! En fin, un horror. . .

Empujó el sillón; cogió, enfurecido, un cigarro y abandonó la biblioteca batiendo desesperadamente la puerta, con un tedio inmenso de su obra, de aquella confusa y enredada Santa Ireneia, y de sus abuelos, enormes, resonantes, chapeados de hierro y más vagos que el humo.



II

GONZALO, que durante todo el día permaneció estirado en el diván de damasco azul, con un pertinaz dolor de riñones, se apretó los cordones de los largos pantalones de seda y atravesó lánguidamente el cuarto para mirar la hora en el antiguo reloj del comedor. ¡Las cinco y media! . . . Para desentumecerse, pensó en una caminata por la fresca carretera de los Bravaes. Después haría una visita, que ya desde Pascua debía al viejo Sanches Lucena, elegido nuevamente diputado en las elecciones generales de Abril por el distrito de Villa Clara. Mas la jornada á la *Feitosa*, la quinta de Sanches Lucena, exigía una hora á caballo, desagradable con aquel dolor de riñones, que le comenzara la víspera de noche, después del té en el Casino de la Villa. É indeciso arrastraba los pasos por el corredor, para gritar á Benito ó á Rosa que le su-

biesen una limonada, cuando, á través de los balcones abiertos, resonó un vozarrón metálico, que en tono chancero rodaba por el patio con una cadencia de gato mayando:

— ¡Gonzalo! ¡Gonzalón! ¡Gonzalísimo Mendes Ramires!

Reconoció en seguida á *Titó*, Antonio Villalobos, su lejano pariente, su compañero de Villa Clara, donde aquel hombretón extraordinario, de vieja raza alentejana, se estableció, sólo por afección bucólica á la villa. Hacía once años que la trillaba con pesados miembros, el lento retumbar de su voz, y su ociosidad esparcida por los bancos, por las esquinas, por las tiendas, por las tabernas, hasta por el cementerio, filosofando con el sepulturero. Era hermano del viejo mayorazgo de la Ciudadela — el genealogista —, que le concedió una mensualidad de ocho monedas para alejarlo de su sucio serrallo de mozas de campo, y de la obra tenebrosa en que ahora se metiera, la *Verídica Inquiriçao*, una investigación sobre las bastardías, crímenes y títulos ilegítimos de las familias hidalgas portuguesas. Gonzalo amaba, desde estudiante, á aquel Hércules bonachón. Seduciale por la prodigiosa fuerza é incomparable potencia que en beber una cuba y en comer un cordero demostraba, y sobre todo por la independencia, una suprema independencia, que, apoyada en un garrote pavoroso, con las ocho monedas dentro del bolsillo,

nada temía ni nada deseaba de la tierra ni del cielo. De bruces sobre el balcón, gritó:

— ¡*Titó*, subel! Sube mientras me visto. Toma una copa de ginebra... y vamos después á pasear hasta los Bravaes.

Sentado en el reborde del pilón, redondo y sin agua, que había en el patio, mirando á Gonzalo con su franca y larga faz requemada, que recorría un archipiélago de barbas rubias, *Titó* movía lentamente, abanicándose, su viejo sombrero de paja...

— No puedo. Oye, ¿quieres esta noche cenar en casa de Gago conmigo y con Juan Gouveia? Va también Videiriña con la bandurria. Tenemos una gran langosta asada. Es enorme; la compré yo esta mañana á una mujer de la costa por cinco pesetas. ¡Asada por Gago! ¿Entendido, eh? Gago abre pipa nueva de vino del abad de Chadim. Conozco el vino. Es de primera, de primerísima.

Gonzalo se disculpaba.

— Hombre, ando con el estómago estragado. Y desde anoche tengo un dolor en los riñones, ó en el hígado, ó en el bazo, no sé bien; en una de esas entrañas. Hoy, para comer, sólo tomé caldo de gallina. ¡En fin, iré! Pero recomienda á Gago que prepare para mí un poco de carne asada. ¿Dónde nos veremos? ¿En el Casino?

Titó se levantó, echando hacia la nuca el sombrero de paja.

— Hoy no me gasto en el Casino. Tengo señora. De diez á diez y media en el Crucero. Va también Videiriña con la bandurria. De diez á diez y media. Entendido. Y carne asada para su excelencia, que se queja de los riñones.

Y atravesó el patio con lentitud bovina, parándose á coger en un rosal, junto al portón, una rosa, con que adornó su chaqueta color de aceituna.

Inmediatamente se decidió Gonzalo á no comer, seguro de los beneficios de aquel ayuno hasta las diez, después de un paseo por los Bravaes y por el valle de Riosa. Y antes de entrar en el cuarto para vestirse, empujó la puerta vidriera que daba á la escalera obscura de la cocina para llamar á Rosa la cocinera. Pero ni la buena vieja, ni Benito, á quien también llamó furiosamente, respondieron en el pesado silencio en que yacían esos sombríos cuartos abovedados que restaban del antiguo palacio restaurado por Vicente Ramires, después de su campaña en Castilla, é incendiado en el tiempo del rey don José I. Entonces Gonzalo bajó la gastada escalera para lanzar otro de los largos bramidos con que atronaba la torre desde que las campanillas andaban estropeadas. Y descendía más aún para invadir la cocina, cuando Rosa la cocinera acudió. Estaba en la huerta con la hija de Crispula; no oyó al señor doctor. . .

— Pues estoy gritando hace una hora. Y ni

usted ni Benito. Hoy no como. Voy á cenar á Villa Clara con los amigos.

Rosa protestó desolada desde el sonoro fondo del corredor. ¿Cómo iba á estar el señor doctor en ayunas hasta las altas horas de la noche? Hija de un antiguo hortelano de la Torre, crecida en la Torre, cocinera ya de la Torre al nacer Gonzalo, siempre lo trató como pequeño, y aun por «su riquiño», hasta que de vuelta de Coimbra comenzó á ser para ella y para Benito el «señor doctor». El señor doctor, al menos, debía tomar el caldo de gallina. Olía que ni hecho en el cielo.

Gonzalo, que nunca discordaba de Rosa ó de Benito, consintió y ya subía, cuando llamó otra vez á la cocinera para informarse de la salud de Crispula, una desgraciada viuda con unos cuantos rapazuelos hambrientos, que adoleció por la Pascua de fiebres perniciosas.

— Crispula va mejor, señor doctor. Ya se levanta. Dice la pequeña que ya se levanta. Pero está muy delicada.

Gonzalo púsose de bruces sobre la baranda de la escalera para mezclarse más confidencialmente con aquellas tristezas.

— Oiga, Rosa: entonces, si la pequeña está ahí, que lleve á casa de la madre la gallina que yo tenía de comida. Y el caldo. Yo tomo una taza de té con bizcochos. Mándele también dos duros. Escuche. No le mande ja gallina y el dinero así, secamente. Diga que estimo la mejoría, y que ya

pasaré por su casa. Y á ese animal de Benito que me suba agua caliente.

En el cuarto, en mangas de camisa, delante del espejo, un inmenso espejo de columnas doradas, estudió la lengua, que le parecía saburrosa; después, el blanco de los ojos, recelando la amarillez de la bilis suelta. Y terminó por contemplarse en su ficción nueva, ahora que se había afeitado la barba en Lisboa, conservando el bigote castaño, rizado y leve, y una mosca que le alargaba la faz aquilina, y de una blancura de nata. Su desconsuelo era el cabello, bien ondeado, pero ralo, débil, á pesar de todas las pomadas y de todas las aguas.

— ¡Es infernal! Á los treinta años estoy calvo...

Todavía continuó ante el espejo, recordando la recomendación de la tía Louredo, en Lisboa:

— Sobrino, no se entierre en la provincia. Lisboa está sin rapaces. Necesitamos aquí un buen Ramires.

No, no se enterraría en la provincia, inmóvil bajo la polvareda melancólica de las cosas inmóviles, como su Torre... Pero vida elegante en Lisboa, entre su parentela histórica, ¿cómo aguantarla con mil ochocientos duros de renta que le quedaban, pagadas las deudas de papá? Por otra parte, vida en Lisboa, realmente, sólo la deseaba con una posición política, escaño en San Benito, influencia intelectual en su partido, lentos y seguros avances hacia el Poder. Y esa

vida tan dulcemente soñada en Coimbra, en las fáciles tertulias del hotel Mondego, la entrevía muy remota, casi inasequible, más allá de un muro alto sin puerta ni ventana. ¡Diputado! Pero ¿cómo? Ahora, con el horrendo San Fulgencio y los Históricos en el Ministerio durante tres inacabables años, no habría elecciones generales. Y aun en alguna elección parcial, ¿qué posibilidad lograría él, que desde Coimbra, livianamente arrastrado por una elegancia de tradiciones, se manifestaba siempre regenerador en el «Centro» de la Couraza, en las correspondencias de la *Gaceta de Oporto*, en las discusiones ardientes contra el jefe del distrito, el Cavalleiro detestable?... Ahora no tenía más remedio que esperar. Esperar trabajando, ganando en consistencia social, edificando sobre la base de su inmenso nombre histórico un misérrimo y precario nombre político; tejiendo y extendiendo la malla preciosa de las amistades partidarias, desde Santa Ireneia hasta el Palacio... Sí, esa era la teoría espléndida é indiscutible; pero consistencia, renombre, afectos políticos, ¿cómo se conquistan? «Abogue, escriba en los periódicos» fué el consejo distraído y risueño de su jefe, el Braz Victorino. ¿Abogar en Oliveira ó en Lisboa mismo? No podía, con aquel su horror ingénito, casi fisiológico, por los autos y por papelotes forenses. ¿Fundar un periódico en Lisboa con Ernesto Rangel, su compañero de Coimbra en el hotel Mondego? Era

hazaña fácil para el nieto adorado de doña Joaquina Rangel, que almacenaba diez mil pipas de vino en los barracones de Gaia. ¿Batallar en un periódico de Lisboa? En esas semanas de capital, siempre en el Banco Hipotecario, siempre con las «primas», no estableció relaciones durables y útiles en los dos grandes diarios regeneradores *La Mañana* y *La Verdad*. De suerte que realmente, en ese muro que lo separaba de la fortuna, sólo descubría un agujero, bien pequeño, pero seguro, los *Anales de Literatura y de Historia*, con su colaboración de profesores, de políticos, hasta de un ministro, hasta de un almirante, el guerrero Araujo. Aparecería, pues, en los *Anales* con su *Torre*, revelando imaginación y un saber estupendo. Después, caminando desde la Invención hacia el terreno más respetable de la Erudición, haría un estudio (que pensó en el tren al volver de Lisboa) sobre los «Orígenes visigóticos del Derecho público en Portugal». Ciertamente que nada conocía ni de esos Orígenes ni de esos visigodos; pero, con la magnífica *Historia de la Administración pública en Portugal*, que le prestó Castañeiro, compondría de corrido un elegante resumen. Y más tarde, saltando de la Erudición á las Ciencias sociales y pedagógicas, ¿por qué no forjar una substanciosa «Reforma de la Enseñanza Jurídica en Portugal», en dos artículos sesudos de hombre de Estado? Así avanzaría, construyendo y cincelandó su pedestal

literario, adicto á los Regeneradores, hasta que volviesen al Ministerio y en el muro se abriese la deseada puerta triunfal.

Y en medio del cuarto, en calzoncillos, Gonzalo Mendes Ramires concluyó que era necesario á toda costa apresurar su novela.

— Pero ¿cuándo acabaré esa *Torre*, empezada sin vena, convalecido de los riñones?

Benito, viejo de paz rapada y morena, con un pelo blanco todo rizado y bravío, muy limpio, muy fresco, entraba lentamente con la infusión de agua pedida.

— Oye, Benito: ¿tú no encontraste en la maleta que traje de Lisboa, ó en el cajón, un frasco de vidrio con un polvo blanco? Es un remedio inglés que me dió el doctor Mattos... Tiene un rótulo en inglés, no sé qué *fruit salt*... Quiere decir sal de frutas...

Benito clavó los ojos en el techo y cerrólos después, meditando.

— Sí, en el cuarto de la plancha, encima del baúl encarnado, quedó un frasco con polvos, envuelto en un pergamino antiguo como los del Archivo.

— Es ese — declaró Gonzalo —. Necesitaba en Lisboa unos documentos por causa de aquel malvado foro de Praga, y equivocadamente llevé del Archivo un pergamino perfectamente inútil. Ve á buscarlo... Pero ten cuidado con el frasco.

Benito, cuidadoso, siempre lento, metió toda-

vía los botones de ágata en los puños de la camisa del señor doctor y desdobló sobre la cama la chaqueta y los pantalones de cheviote fino. Y Gonzalo, vuelto por la idea de los artículos para los *Anales*, hojeaba delante de la ventana la *Historia de la Administración pública en Portugal*, cuando Benito volvió con el rollo de pergamino, del que pendía un sello de plomo.

— Ese mismo — exclamó el hidalgo dejando el volumen —. Es el que yo enrollé en el pergamino para que no se quebrara. El doctor Mattos aconsejóme que lo tomase en ayunas con agua templada. Parece que hierve... Muy necesitado ando de descargar la cabeza... Toma tú también, Benito, y dile á Rosa que tome. Todos los toman ahora, hasta el Papa.

Benito desenrolló el frasco con cuidado, extendiendo sobre el mármol de la cómoda el pergamino duro, donde la letra del siglo XVI se abarquillaba amarilla y muerta, y Gonzalo, abotonando el cuello, dijo:

— Ahí está el pergamino que llevé preciosamente guardado para arreglar lo del foro de Praga. Un pergamino del tiempo de Don Sebastián. Sólo desentraño la fecha: mil cuatrocientos. No, mil quinientos setenta y siete. En las vísperas de la jornada de Africa. En fin, sirvió para envolver un frasco...

Benito, que había escogido una corbata blanca, miró de soslayo el pergamino venerable.

— Naturalmente, fué carta que el rey Don Sebastián escribió á algún abuelo del señor doctor.

— Naturalmente — murmuraba el hidalgo delante del espejo —, y para darle alguna cosa buena, alguna cosa gorda. Antiguamente, tener rey era tener renta. Ahora... No aprietes tanto esa hebilla, hombre. Tengo hace dos días el estómago hinchado. Ahora, con efecto, esta institución del rey anda muy decaída, Benito.

— Parece que anda — observó gravemente Benito —. También el *Seculo* afirma que los reyes están para acabar. Todavía ayer lo afirmaba. Y el *Seculo* es periódico bien informado. En el de hoy no sé si el señor doctor leyó el relato de la gran fiesta onomástica del señor Sanches Lucena, y los fuegos artificiales, y la serenata que le dieron en la *Feitosa*.

Enterrado en el diván de damasco, Gonzalo extendió los pies hacia Benito, que le abrochaba las botas blancas.

— Ese señor Sanches Lucena es un idiota. No sé qué papel de diputado hace á los sesenta años, pasando meses en Lisboa en el *Francfort*, abandonando sus propiedades, dejando su quinta. Y ¿para qué? Para rezongar de vez en cuando «apoyado». Bien podía cederme á mí la poltrona, que tengo más talento y no poseo grandes tierras y me conformo con el *Braganza*. A Joaquín, que me tenga mañana la yegua aparejada á esta hora, para ir á la *Feitosa* á visitar á ese animal.

33338

Que le ponga el sillín nuevo que traje de Lisboa. Hace más de dos años que no veo á doña Ana Lucena. Es una soberbia mujer.

— Pues cuando el señor doctor estaba en Lisboa pasaron ellos por aquí en coche. Hasta se pararon, y el señor Sanches Lucena apuntó para la Torre, mostrándosela á su señora. Mujer muy guapa. Y trae unos lentes con una gran cadena, todo de oro.

— Empapa bien ese pañuelo en agua de colonia, que tengo la cabeza muy pesada. Esa doña Ana, ¿era una jornalera, una moza de campo de Corinde?

Benito protestó con el frasco en el aire, espantado ante el hidalgo.

— No, señor. La señora doña Ana Lucena es de gente muy baja. Hija de un carnicero de Ovar... Y el hermano anduvo en el monte por haber muerto al herrero de Illavo.

— En fin — resumió Gonzalo —, hija de carnicero, hermano en el monte, bella mujer, lentes de oro. Merece un mozo joven.

En Villa Clara, á las diez, sentado en uno de los bancos de piedra del Crucero, bajo las hayas, *Titó* esperaba, con el amigo Juan Gouveia, que era el administrador del Concejo de la Villa. Ambos se abanicaban con los sombreros, en silen-

cio, gozando de la frescura y del susurro del agua lenta en la sombra, y la media sonaba en el reloj de la Cámara cuando Gonzalo, que se retardó en el Casino jugando á la ruleta, apareció anunciando un hambre terrible, «el hambre histórica de los Ramires»; y apresurando la marcha hacia Gago, y sin consentir que *Titó* fuese á la tabaquería de Brito á buscar una botella de aguardiente de caña de Madera y «de la punta fina»:

— No hay tiempo. ¡Al Gago, al Gago! Si no devoro á uno de ustedes con esta furiosa hambre ramírica.

Pero luego, al subir por la Calzadilla, paróse Gonzalo, cruzando los brazos, interpellando divertidamente al señor administrador del Concejo por el estupendo *hecho* de su Gobierno... ¡Entonces *su* Gobierno, *sus* amigos históricos, *su* honradísimo San Fulgencio, nombraban gobernador civil de Monforte á Antonio Moreno! El Antonio Moreno tan justamente llamado en Coimbra Antónia Morena. No, realmente era la postrer degradación á que podía rodar un país. Después de ésta, para armonía perfecta de los servicios, sólo era urgente otro nombramiento: el de Juana Salgadeira, procuradora general de la Corona.

Juan Gouveia, un hombre pequeño, muy obscuro, muy seco, de bigote crinoso, con el sombrero hongo ladeado hacia la oreja, no discordaba. Empleado imparcial, sirviendo á los Históricos

como sirvió á los Regeneradores, siempre aceptaba con imparcial ironía los nombramientos de los abogados nuevos, Históricos ó Regeneradores, para los altos cargos de la Administración. Pero en este caso, sinceramente rapaces, casi había vomitado. ¡Gobernador civil, y de Monforte, á Antonio Moreno, que él tantas veces encontró en el cuarto en Coimbra, vestido de mujer, con la bata descotada y la cara cubierta de polvos de arroz!... Y, cogiendo del brazo al hidalgo, recordaba la noche en que José Gorjao, borracho y con un revólver en la diestra, exigía furiosamente que el padre Justino, también bebido, lo casara con Antofñito, delante de un nicho de Nuestra Señora de la Buena Muerte. Pero *Titó*, que esperaba, declaró á aquellos señores que si creían que el tiempo era cosa que podía desperdiciarse arrastrando sobre la calle una conversación de política y de indecencias, entonces volvía él á Brito á buscar el aguardiente.

En la sala de Gago, al terminar una escalera obscura y estrechuca que subía de la taberna, y en una cumplida mesa alumbrada por dos quinqués de petróleo, la cena fué estrepitosamente alegre y ampliamente saboreada. Gonzalo, que se declaraba milagrosamente curado por el paseo hasta los Bravaes, por las emociones de la ruleta, en la que ganó diez y nueve reales á Manuel Duarte, comenzó por una platada de huevos con chorizo, devoró la mitad de la langosta, devastó

«su carne de enfermo», clareó un plato de ensalada de pepino y terminó por un montón de ladrillos de mermelada, y á través de este noble trabajo, sin que la fina blancura de su piel se alterase, vació una cantimplora de Alvaralhon, porque desde el primer trago, y con disgusto de *Titó*, maldijo el vino nuevo del Abad. De sobremesa ya, apareció Videiriña, «el Videiriña de la bandurria», tocador famoso de Villa Clara, mancebo de farmacia y poeta con versos de amor y de patriotismo, ya impresos en el *Independiente de Oliveira*. Había comido esa tarde en casa del Comendador Barros, que celebraba el aniversario de su encomienda; y sólo aceptó una copa de Alvaralhon, en el que mojó un ladrillo de mermelada «para endulzar la garganta». Después, á media noche, Gonzalo obligó á Gago á encender el fuego para hacer café, «muy fuerte»; un café terrible, Gago amigo; un «café capaz de despertarle talento al señor Comendador Barros». Era esa hora divina de la bandurria y del «fado». Y Videiriña se sumergió en la sombra, afinando los bordones, sentado con melancolía en un banco.

— La *Soledad*, Videiriña — pidió el buen *Titó*, pensativo, liando un cigarro.

Videiriña gimió deliciosamente la *Soledad*:

Cuando vayas al cementerio,
¡ay Soledad, Soledad!...

Después, apenas Videiriña terminó entre las

aclamaciones entusiastas del auditorio, el hidalgo de la Torre y Juan Gouveia, de codos sobre la mesa, entre el humazo de los cigarros, conversaron «sobre esa venta de Lourenço Marques á los ingleses, preparada subterráneamente (según clamaban, sobrecogidos de terror, los periódicos de oposición) por el Gobierno de San Fulgencio». Y Gonzalo también se horrorizaba. No por la enajenación de la Colonia, sino por la impudencia de San Fulgencio. Que aquel animalote obeso, hijo sacrilego de un fraile, que después se hizo tendero en Cabecellos, trocase en libras, para mantenerse dos años más en el Poder, un pedazo de Portugal, terrón augusto, trillado heroicamente por los Gamas, los Athaydes, los Castros, y por sus propios abuelos, era para él cosa tan abominable, que justificaba todas las violencias, hasta una revolución, y la casa de Braganza enterrada en el lodo del Tajo. Trincando sin parar sabrosas torradas, Juan Gouveia observó:

— Seamos justos, Gonzalo Mendes. Mire que los Regeneradores...

El hidalgo sonrió superiormente:

— ¡Ah, si los Regeneradores realizasen esa grandiosa operación, bien! Esos, primeramente, nunca comerían la indecencia de vender á ingleses tierra de Portugal. Negociarían con franceses, con italianos, pueblos de raza latina, pueblos hermanos... Y después, los millones, con tantes y sonantes, serían aplicados al fomento

del país con probidad, con conciencia. ¡Pero ese horrendo San Fulgencio!... Y en su furor arrebatado pidió ginebra, porque realmente aquel cognac de Gago era ruin brebaje.

Titó, encogiéndose de hombros, resignado, le contestó con indiferencia:

— No me dejaste ir á buscar el aguardiente; ahora aguántate... La ginebra es todavía más asquerosa. Ni para esos negros de Lourenço Marques que tú quieres vender. Hasta el señor administrador del Concejo debía prohibir esas conversaciones...

Pero el señor administrador del Concejo afirmó que las consentía, y abiertamente. Porque también él, como el Gobierno, vendería á Lourenço Marques, y á Mozambique, y á toda la costa oriental. El África entera pregonada en pública subasta en la terraza del Palacio. ¿Y sabían los amigos por qué? Pues por su principio de fuerte administración — extendía el brazo, medio levantado del banco, como en un Parlamento —, por su principio de que todo propietario de tierras distantes, que no las puede cultivar por falta de dinero ó de gente, debe venderlas para arreglar su tejado, atender á su huerta, poblar su corral, fomentar la buena tierra que trillaron sus pies. Ahora bien; en Portugal quedaba toda una riquísima provincia por labrar, por regar, por sembrar: Alemtejo.

Titó sacó del fondo de la laringe las sono-

ridades de su vozarrón, desdeñando á Alemtejo como una película de tierra de pésima calidad, que, fuera de unas leguas de campo en torno de Beja y de Serpa, por un grano sólo daba dos, y apenas se la rascaba descubría el granito. . .

— El amigo Juan tiene allí una heredad inmensa, inmensísima, que da trescientos duros.

El administrador, que ejerció la abogacía en Mértola, protestó incomodado. ¡Alemtejo!, provincia abandonada, sí. Abandonada miserablemente desde siglos por la imbecilidad de los Gobiernos, pero riquísima, fertilísima.

— Pues entonces los árabes. . . ¡Y qué árabes! Todavía no hace mucho, Freitas Galvaon me contaba. . .

Mas Gonzalo Mendes, que escupió también la ginebra con gesto avinagrado, condenó en un resumen barredor todo Alemtejo, como una desgraciada ilusión.

El administrador gritaba:

— Usted no estuvo nunca en Alemtejo.

— Tampoco estuve nunca en China, y. . .

— Pues entonces no hable. Sólo las viñas que plantó Juan María. . .

— ¡Qué! ¡Cien pipas de zurrapas! Pero en otros sitios, leguas y leguas sin. . .

— Un jardín, Gonzalo, aunque no quiera.

— Un lodazal, Gouveia.

Y á través del tumulto, Videiriña, llevado en su solitario ardor por el torrente de ayes del

«fado» de Ariosa, sollozaba por unos ojos negros, dueños de su corazón:

¡Ayl que de tus ojos negros
viéneme hoy la perdición. . .

El petróleo de los quinqués terminaba, y Gago, reclamado para traer emparedados, salió en mangas de camisa de detrás de una cortina, recordando á sus excelencias, con humildad, que pasaba de la una de la noche. . . El administrador, que detestaba los trasnoches, nocivos á su garganta (de amígdalas locamente inflamables), miró el reloj con terror. . . , y, rápidamente, abotonándose la chaqueta, con el sombrero hongo tumbado hacia la izquierda, agarróse al lento *Titó*, porque ambos moraban en lo alto de la villa, él frente al Correo, y el otro en la calle de las Teresas, en una casa donde en otro tiempo apareció asesinado el verdugo de Oporto.

Titó, sin embargo, no se apresuraba. Con el garrote debajo del brazo, todavía llamó á Gago hacia el fondo sombrío de la sala para cuchichear sobre el embrollado negocio de una compra de carabina, soberbia carabina Winchester, ofrecida al Gago por el hijo del notario Guedes, de Oliveira. Y al bajar la escalera encontró á la puerta de la taberna, bajo la luna que blanqueaba la calle adormecida, al hidalgo de la Torre y á Juan Gouveia, bruscamente enzarzados en la acostumbrada contienda sobre el gobernador ci-